

nical hace que le llamemos *Padre*, para que le pidamos con afecto de hijos, y que llamemos *nuestro* el pan que le pedimos, para que conozcamos que para nosotros lo tiene.

P. *Qué pedís diciendo: Perdónanos nuestras deudas?*

R. *Perdon de las culpas y de las penas debidas por ellas.*

De todo somos deudores á Dios: del ser que tenemos, de la vida que vivimos, de la tierra que pisamos, del cielo que nos cubre, del aire que respiramos, de la gracia que nos da ser y vida en el orden sobrenatural, de los sacramentos que nos justifican, de los dones, de las virtudes, de todo cuanto tenemos en el orden de la naturaleza y en el de la gracia. Todo es del Señor, todo lo recibimos de sus manos liberalísimas; por consiguiente, todos los hombres, desde el mas opulento hasta el mas pobre, no somos otra cosa que una multitud de deudores de Dios.

Mas no paran aquí nuestras deudas. Otras muchas y mucho mas pesadas cargan sobre nosotros; estas son las que contraemos por nuestros pecados, y de ellas habla principalmente esta petición. Por cualquiera pecado que cometemos, contraemos dos deudas, una de culpa y otra de pena. La de culpa consiste en la ofensa que hacemos á Dios quebrantando su divina ley; por ella nos atraemos el justo enojo que concibe Dios contra nosotros, y deuda nuestra es desenojarle. La de pena consiste en el derecho que adquiere su divina justicia para castigarnos, y tambien es deuda nuestra satisfacer este derecho. Lo

que pedimos, pues, á Dios con respecto á estas dos deudas, es: *Primero*: que nos conceda su divina gracia para arrepentirnos de veras, porque sin verdadero arrepentimiento no hay perdon. *Segundo*: que al ver nuestro arrepentimiento, nos perdone la culpa que hemos cometido. Y *tercero*: que perdonada la culpa, nos perdone tambien la pena ó castigo á que nos sujetó nuestra culpa, recibiendo en satisfaccion nuestra penitencia. Tales son nuestras deudas con respecto al pecado, y tal nuestra petición; pero no se ha de creer que estas deudas se contraen solamente por el pecado mortal; tambien se contraen por el venial, con la diferencia de que las deudas del mortal son enormes, y las del venial son ligeras, pero deudas. Así es que todos, justos y pecadores, tenemos necesidad de decir todos los dias: *perdónanos nuestras deudas*; porque ¿quién puede decir, mi corazón está limpio, yo estoy libre de pecado?

P. *Por qué añadís: Así como nosotros perdonamos á nuestros deudores?*

R. *Porque no perdona Dios al que á otro no perdona.*

Quiso nuestro Señor Jesucristo que añadiésemos á esta petición: *así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*; y segun San Agustín, es por dos motivos. *Primero*: para mover á Dios á que nos perdone, esto es, movernos á nosotros mismos á tener aquella disposición que se requiere en nuestras almas, para que Dios use con nosotros de sus misericordias. *Segundo*: para que tengamos siempre presente, que si nosotros no perdonamos por nuestra parte, no hay

perdon para nosotros por parte de Dios. Conviene saber, que el perdon de las injurias no consiste esencialmente en dar señales de perdon; si en no conservar en el corazon, ni rencor, ni odio, ni deseo alguno de venganza. Tambien conviene saber que el ofendido tiene derecho, no á tomarse la justicia por su mano, sino á pedir ante el tribunal de justicia la reparacion de la ofensa; pero esto no ha de hacerse por encono, rencor ú odio, sino únicamente por conservar su reputacion, honor ó crédito. Mas como esto es tan difícil, convendrá las mas veces que el ofendido sacrifique en obsequio de la caridad, la justicia que le asiste.

P. *Qué pedís diciendo: No nos dejes caer en tentacion?*

R. *Que no nos permita dar consentimiento á las tentaciones del demonio.*

No basta que Dios por su gran misericordia nos perdone nuestros pecados, como se lo suplicamos en la peticion anterior, sino que es necesario, ademas, que su divina mano nos sostenga para no volver á cometerlos; por eso le pedimos en ésta, que no nos deje caer en la tentacion. ¿Y qué cosa mas necesaria? La vida del hombre es una tentacion sobre la tierra, es una guerra, dice el Santo Job. Tenemos que pelear continuamente con el mundo, el demonio, y la carne, cuyas armas son las tentaciones. El mundo nos tienta con sus riquezas, honras y placeres, con sus malos ejemplos y peores discursos, con sus modas indecentes y lenguaje escandaloso. El demonio nos tienta representándonos con viveza las glorias del

mundo, y diciéndonos como á Jesucristo en el desierto: Todo esto te daré, si postrado me adores. Provocando nuestra concupiscencia con imaginaciones obscenas, y sugiriéndonos pensamientos malignos de todas clases. Finalmente, la carne nos tienta rebelándose continuamente contra el espíritu; resistiéndole porfiadamente, y trabajando incesantemente en hacer que consienta con sus desordenados deseos. ¿Cómo, pues, podremos sostenernos contra enemigos tan peligrosos, tan sagaces y tan porfiados, ni salir con la victoria en una pelea tan desigual, tan empeñada y tan duradera, que no cesa sino cuando cesa la vida? Nuestra ruina será inevitable, si la mano poderosa de Dios no nos sostiene; lo que debemos pedirle con gran fervor é íntimo deseo de ser socorridos. Pero se debe advertir, que no se nos ha dicho que pidamos á Dios que nos libre de ser asaltados de la tentacion, sino que no nos deje caer en ella; pues el pecado no consiste en padecer la tentacion, sino en el consentimiento que desgraciadamente le presta nuestra voluntad. La tentacion es una prueba á que somos puestos, permitiéndolo Dios para que le probemos nuestra fidelidad y nuestro amor: si resistimos á ella y la vencemos, somos buenos soldados, buenos siervos, buenos hijos, y crecemos en gracia, en virtud y en merecimiento; pero si cedemos á ella por nuestra debilidad, ó le abrimos la puerta por nuestra malicia, caemos en el pecado y nos hacemos enemigos de Dios. Esto es de lo que pedimos á Dios que nos libre, diciéndole: no nos dejes caer en la tentacion. Tambien le pedimos que

nos libre de ser asaltados de algunas tentaciones que son para nosotros de mucho mayor peligro que otras en que corramos menos riesgo.

P. *De cuál mal pedis que os libre Dios diciendo: Mas libranos de mal?*

R. *Del demonio, y del infierno y de casos desastados.*

Estas palabras, *mas libranos de mal*, son de una extension tan grande, dice San Agustin, que comprenden todo lo que puede pedir un cristiano en cualquiera suerte de afliccion en que se halle. Efectivamente, en ellas pedimos á Dios que nos libre de todos los males, tanto del alma como del cuerpo. *En orden al alma*, pedimos que nos libre de todos los pecados y de todas las penas debidas por los pecados; de todos los peligros y de toda mala eleccion que pueda conducirnos al peligro; en suma, de todos los males espirituales. *En orden al cuerpo*, pedimos á Dios que nos libre de la multitud de miserias á que está sujeta nuestra desgraciada naturaleza: de las enfermedades, dolores y demas accidentes y males que alteran ó destruyen nuestra salud: de la hambre, sed, desnudez y desamparo á que estamos tan expuestos; de las pesadumbres, tristezas y melancolías que con tanta frecuencia nos afligen: de las calamidades públicas, de las guerras, hambres, pestes, y en fin, de todos los males corporales.

Pero se debe entender que en orden á los males de la alma, podemos y debemos pedir á Dios que nos libre siempre de ellos, porque nunca nos pueden ser provechosos por sí mismos. Mas en orden á los

del cuerpo, debemos pedir que nos libre solamente de aquellos que convenga, porque hay muchos de los que no conviene que nos libre. Los males corporales no se han de considerar por lo que son en sí mismos, sino por lo que son respecto á nosotros. Si nos ayudan á conseguir nuestra salvacion, no deben comprenderse en la peticion *mas libranos de mal*; porque si Dios nos ha señalado para ir al cielo el camino de la pobreza, por ejemplo, ó el de las enfermedades, ó el de las persecuciones, ó el de otros males corporales, Dios nos libre de salir de este camino, porque si salimos de él, no llegaremos al cielo: Dios se niegue, por su misericordia, á libranos de unos males que forman los escalones por donde hemos de subir á la gloria. ¿Y por dónde conoceremos que los males que padecemos entran en el plan de nuestra salvacion? Fuera de que semejante conocimiento no nos es necesario, la señal mas clara de que entran en el plan de nuestra salvacion, es el no poder nos librar de ellos por medios justos: entonces solo nos resta inclinar nuestra cabeza, adorar la sabiduría de Dios que así lo ha dispuesto, y conformarnos con sus soberanos decretos, diciendo: cúmplase en mí, Señor, vuestra santísima voluntad.

A mas de estos males que hemos detallado, nuestros intérpretes entienden por el mal al demonio, al infierno y á los casos desastados: al demonio, porque nos solicita al mal y procura por todos medios nuestra perdicion: al infierno, porque es el sumo mal de los males de pena caer en él; y á los casos desastados, porque en lo natural y por sí mismos son ma-

les horrendos, y porque para castigo de los hombres, muchas veces son un principio de la perdicion de aquellos á quienes acaseen.

Al fin del Padre nuestro decimos *Amen*: quiere decir, así sea, así se cumpla, así Dios me lo conceda. Jesucristo usó la palabra *Amen* con tanta frecuencia, que la Iglesia por esta causa la ha mirado siempre con el mayor respeto; la ha conservado en todas las lenguas á que se ha traducido el santo Evangelio, y la ha añadido al fin de todas sus oraciones. El mismo Jesucristo concluyó con ella su divina oracion, para enseñarnos á concluir las nuestras con este sagrado sello. Así llama San Gerónimo á la palabra *Amen*.

P. Hemos tambien de hacer oracion á los ángeles y á los santos?

R. Sí, como á nuestros medianeros.

No solamente hemos de hacer oracion á la Santísima Virgen para que, como Madre de Dios y Madre nuestra, ruegue á Dios por nosotros, sino tambien á los ángeles, para que como encargados de Dios del cuidado de nuestras almas, lleven á los pies del trono soberano nuestras súplicas, y las apoyen con las suyas, y á los santos, para que, como amigos de Dios y hermanos nuestros, se interesen por nosotros. Véase sobre esto la explicacion de la comunión de los santos

P. Qué cosa son los ángeles?

R. *Espíritus soberanos que están á Dios alabando.*

Los ángeles son unas criaturas puramente espirituales, que existen independientes de todo cuerpo, á

diferencia de las almas que, siendo tambien espirituales, forman con el cuerpo humano este ser que llamamos *hombre*. Los ángeles no fueron creados en la tierra como el hombre, sino en el cielo; ni en el mismo dia, sino cinco antes; porque el hombre fué criado en el sexto dia del mundo, y los ángeles en el primero, segun el comun sentir de los intérpretes de la Sagrada Escritura. Tampoco fueron criados sucesivamente como lo son las almas, sino todos en un mismo momento. Su número nos es desconocido; pero sabemos por muchos pasages de la Sagrada Escritura, que es crecidísimo, y que se compone de nueve órdenes, que llamamos coros angélicos, y son: *ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines*. Fueron dotados de un entendimiento sumamente claro, y de una voluntad perfectamente libre. En su creacion recibieron el inestimable don de la gracia santificante, es decir, que fueron creados en el estado de la inocencia y justicia original como el hombre, y que tuvieron como él, entera libertad para obrar bien ó mal. Apenas habian salido de las manos del Criador, cuando un gran número, que se cree fué la tercera parte, pecó y quedó reprobada para siempre. El capitán de esta enorme masa de réprobos, fué un querubín, que se llamó despues *Lucifer*. Ensoberbecido con su hermosura, dijo en su corazon: subiré al cielo; pondré mi trono sobre los astros de Dios; seré semejante al Altísimo. Pero este primer soberbio y príncipe de todos los soberbios, fué precipitado en aquel mismo momento desde la altura del cie-

lo hasta la profundidad del abismo, y en su espantosa caída, arrastró consigo una multitud de ángeles de todos los coros que, habiéndole imitado en la soberbia, le acompañaron también en el castigo. Los demás conservaron su principado, esto es, perseveraron en la gracia, y con ella merecieron la posesión eterna de la gloria.

Este asombroso suceso, que pasaba en el cielo el primer día del mundo, se verificó en tres operaciones que llamamos *instantes angélicos*. En el primero, todos los ángeles tuvieron gracia y libertad. En el segundo, la tercera parte, desatendiendo las inspiraciones de la gracia, y abusando de la libertad, pecó y se hizo reo de un castigo eterno, mientras que las otras dos, correspondiendo á las inspiraciones de la gracia, y usando bien de su libertad, merecieron un premio eterno. En el tercero, los ángeles malos fueron condenados y sepultados en el infierno, y los buenos fueron premiados y avecinados en el cielo. Tal es el orden con que se verificó la salvación de los ángeles fieles, y la condenación de los rebeldes. Admirémos aquí, cristianos, y bendigamos la bondad inmensa de Dios, que premia con un cielo eterno la fidelidad de un momento; pero estremezcámonos también al ver el rigor con que su divina justicia castiga con un eterno infierno la infidelidad de otro momento. ¡Ah! ¿Qué sería de nosotros si nos tratara el Señor como á sus ángeles, arrojándonos al infierno en el instante que pecamos? ¿Dónde nos halláramos ya en este momento? ¡No, Dios mío, jamás seremos los hombres bastante agradecidos á esa paciencia ado-

rable que usais con nosotros continuamente, y que ni una sola vez usásteis con vuestros ángeles!

Todos los ángeles fueron creados para alabar y bendecir á Dios en el cielo. El infierno fué obra del delito de los ángeles rebeldes. Dios, infinita y eternamente feliz y glorioso en sí mismo, quiso comunicar fuera de sí mismo, su felicidad y su gloria. Para esto crió ángeles y hombres, capaces por su entendimiento y voluntad, de participar de ella, esto es, de conocer su divina esencia y soberanas perfecciones; de ver á Dios cara á cara, y de gozar de su infinita hermosura, porque en eso consiste la gloria de los ángeles y de los hombres. Crió esos inmensos cielos que nos cubren, y sobre ellos el cielo empueró supremo, que llamamos el cielo de los cielos, y le destinó para su corte soberana, donde los ángeles y los hombres le viésemos sobre el trono de su gloria y le gozásemos. Desde el principio del mundo están los ángeles buenos en esta soberana corte, viendo á Dios y gozándole. También los hombres habrían sido trasladados á ella en cuerpo y alma después de haber vivido sobre la tierra el tiempo que al Señor hubiese agradado, si el estado de la inocencia hubiera permanecido; pero perdido éste por el pecado de Adán, el cielo se hizo de bronce para los hombres, y ya no hubo entrada en él por más de cuatro mil años, hasta que Jesucristo la franqueó en su pasión y muerte, y subió triunfante al cielo. Los ángeles son como los cortesanos, que asisten y sirven al Rey de la gloria. Así nos los representa el profeta Daniel, diciendo: millares de millares de ángeles

servian al Señor, y diez mil veces cien mil (que componen mil millones) le asistían. Los ángeles no han sido creados solamente para ver á Dios y gozarle, como los hombres, sino tambien para asistir al rededor de su trono soberano, y servirle.

P. *De qué le sirven á mas de eso?*

R. *De guardar á los hombres, y traer y llevar á Dios recados suyos.*

La Iglesia es aquella misteriosa Eva, que salió del costado del segundo Adán, dormido sobre el árbol de la cruz. Es aquella esposa del Cordero que á costa de sudores, afañes y fatigas se atavia en la tierra, para merecer ser admitida á celebrar su desposorio en el cielo. Es aquella Jerusalem de la tierra que se fabrica de piedras animadas y labradas con el martillo de los trabajos, y que se pulimenta con el cincel de las persecuciones para formar la Jerusalem del cielo. ¡Cuánta sangre no ha derramado desde su nacimiento esta esposa santa! ¡Cuánto polvo y sudor no ha cubierto su hermoso rostro! Perseguida desde la cuna por los judíos que la miraron como un escándalo, y despreciada por los gentiles que la trataron de loca, apenas tuvo otro suelo que pisar en el discurso de mas de trescientos años, que el que regaba su sangre. A estos encarnizados y poderosos perseguidores se asociaron sucesivamente los hereges y cismáticos para despedazar tambien su seno: ¡qué de persecuciones interiores y exteriores! No se puede leer la Historia de la Iglesia sin asombrarse al ver navegar esta barquilla por entre tantas borrascas sin anegarse. Pasan años, pasan siglos; se suceden las

tormentas, se abren continuos abismos para tragarla; pero ella sobrenada siempre y sigue su rumbo como una nave en mar tranquilo. ¡Quién, pues, dirige, quién sostiene este bajel admirable para que no se anegue entre tan deshechas tempestades, ó se estrelle entre tantos escollos? Jesucristo, este es el gran Capitan de la nave de la Iglesia. Pero ¿quiénes son los pilotos? Los ángeles, creados por Dios, no solo para verle y gozarle, no solo para asistir al rededor de su trono soberano y servirle, sino tambien para que, como ministros suyos, gobiernen la Iglesia y guarden á los hombres.

Dios ha mandado á aquellos astros de la mañana que brillan al rededor de su trono soberano, á aquellos espejos de la divinidad en quienes reverbera su luz inmensa, á sus ángeles, que nos acompañen y guarden: ¡quién lo creeria si la fé no lo enseñara! Si se hubiera dejado á nuestra eleccion escoger un guia que nos acompañase y dirigiese en este mundo, ¿nos habriamos atrevido á pedir por compañero un príncipe de la gloria? Ciertamente que no. Pues lo que nosotros no nos hubiéramos atrevido á pedir ni á pensar, nos lo ha concedido la bondad inmensa del Señor. Olvidándose, por decirlo así, de la nobleza de sus ángeles, y atendiendo solamente á nuestra flaqueza, les ha mandado que nos acompañen y guarden. ¡Bendita sea eternamente su inmensa caridad, que tan tiernamente nos ama, y su adorable providencia que tan admirablemente cuida de nosotros! ¡Qué felicidad, tener siempre en nuestro destierro,

por compañero, un sábio de los consejos de Dios, y por defensor un príncipe de la milicia del cielo!

¿Y cuál deberá ser nuestra conducta, viviendo siempre en compañía y á la vista de este celestial compañero? La presencia de un ángel de Dios, que está siempre á nuestro lado, debe causar en nosotros una modestia continua, y una compostura en todo; debe producir pureza en nuestros pensamientos y deseos, limpieza en nuestras palabras y conversaciones, compostura en nuestras acciones, y justicia en toda nuestra conducta, porque no parece posible que faltemos á la reverencia que se merece el ángel de nuestra guarda, sin que nos olvidemos primero de que estamos en su presencia. Hasta dos veces se postró el Evangelista San Juan á los piés del ángel del Apocalipsis, creyendo que era el mismo Dios. ¡Tanta era su hermosura y magestad! “Estando yo, dice el profeta Daniel, á las márgenes del caudaloso Tigris, ví un ángel vestido de blanco y ceñido con una banda de oro finísimo: su cuerpo era como un crisólito; su rostro una especie de relámpago, y sus ojos como antorchas encendidas; sus brazos, y de allí abajo hasta los piés, semejante á un bronce reluciente. Al verle me desamparó el valor, me cubri de palidez, perdí las fuerzas y caí sobre mi rostro, quedando mi cara pegada con el suelo. ¡Oh! si en cualquier momento de nuestra vida se manifestase á nuestra vista el ángel que siempre nos acompaña, ¿seríamos nosotros mas ilustrados que el Evangelista para no adorarle como á Dios, ó mas fuertes que el profeta para sostenernos en pié? ¿No caeríamos sobre

nuestros rostros mas asombrados que ellos? Y si tanto respeto nos causaria verle una sola vez con los ojos corporales, ¿cuánto no nos deberá causar estarle viendo siempre á nuestro lado con los ojos de la fé? Temerario pecador, ¿cómo tienes osadía para hacer en la presencia de un ángel, lo que no te arreverías ni aun á pensar en la presencia de un hombre que viera tus pensamientos? No cuentes con la soledad ó las tinieblas. Tu ángel está siempre contigo en la soledad, y para sus clarísimos ojos no hay tinieblas.

Pero si la presencia de nuestros ángeles de guarda exige de nosotros una vida pura y virtuosa, los beneficios que continuamente nos dispensan, exigen tambien de nosotros un continuo agradecimiento y fiel correspondencia. Nuestros ángeles de guarda, dicen los teólogos, iluminan nuestro entendimiento, acomodando á nuestra capacidad las verdades de nuestra salvacion, y mueven nuestra voluntad, sugiriéndonos buenos pensamientos y deseos. Alejan de nosotros las ocasiones de obrar mal, y nos proporcionan las de obrar bien. Contienen á Satanás para que no nos atropelle, y nos defienden de este leon hambriento para que no nos devore. Nuestros ángeles de guarda, se dice en los libros santos, nos llevan en sus manos para que no tropecemos, y si á pesar de su cuidado, usando nosotros mal de nuestra libertad, nos desprendemos de sus brazos y nos arrojamos al abismo de la culpa, aun entonces no nos desamparan. Reprueban nuestro delito; pero se lastiman de nuestra desgracia, y nos ayudan, si tratamos

de salir de tan deplorable estado. Nuestros ángeles de guarda hacen presente á Dios nuestras oraciones y nuestros méritos, no porque Dios los ignore, sino para unir á ellos sus oraciones y sus méritos. Finalmente, nuestros ángeles de guarda cuidan de nosotros tan constantemente, que jamas nos pierden de vista, y al mismo tiempo que gozan de Dios y le alaban, piden nuestra salvacion y cuidan de nosotros. ¡Cuánta reverencia, cuanto amor, y cuanto reconocimiento, no debemos al ángel de nuestra guarda!

Después de la Santísima Virgen, á ninguna pura criatura debemos mas devocion, mas amor, y mas cariño, que á los ángeles de nuestra guarda; á ninguna debemos acudir con mas fervor y mas frecuencia.

A la manera que los hermanos mayores toman de la mano á sus tiernecitos hermanos en los malos pasos, para que no caigan y se lastimen, así nuestros ángeles de guarda, que son nuestros hermanos mayores, nos llevan de la mano por los malos pasos de este mundo para que no caigamos y nos lastimemos. ¡Tan entrañable es el cariño con que nos tratan, y tan exquisito el cuidado con que procuran que no tropecemos en la ocasion ni caigamos en la culpa! ¡Tal y tan grande es el deseo y empeño que tienen por conducirnos á la gloria!

¡Alma abismada en la culpa! corresponde á los deseos de tu buen ángel. Trata de salir de ese lastimoso estado. Sabe que no te ha desamparado, aunque lo tienes bien merecido, y que, si emprendes salir de él, te ayudará solícito y diligente; pero si te obstinas en continuar en un estado tan lamentable,

llegará la muerte, y en un momento te hallarás en el juicio soberano. Allí te acompañará todavía el buen ángel, pero ya allí nada podrá hacer por tí. ¡Alma infinitamente desgraciada! En aquel terrible momento tu ángel te desampará para siempre; se retirará de tí, y con su ausencia hará lugar al demonio para que entre á ocupar su puesto y á ser tu compañero; mejor diré, tu verdugo por toda la eternidad.

Y tú, alma virtuosa, que respetando la presencia continua de tu buen ángel, llevas una vida pura y ajustada, y que dócil á sus inspiraciones, procuras corresponder á las diligencias que este encargado de Dios practica por salvarte; no temas. El te llevará por el desierto de este mundo á la tierra prometida, y te presentará triunfante de tus enemigos, á los piés del juez soberano. Allí verás la multitud de peligros de que te ha librado, sin que tú los hayas advertido; las continuas peleas que ha sostenido por defenderte, y las esquisitas diligencias que ha practicado para salvarte. ¡Cuál será allí tu agradecimiento á ese compañero fiel, y tu reconocimiento á ese bienhechor celestial! ¡Encontrarás palabras con que manifestársele? Pero sobre todo, ¡cuál será allí tu gozo y enagenamiento al ver que este ángel del Señor te toma de la mano y se encamina contigo al reino de los cielos; que te introduce en sus gloriosas moradas y te coloca á su lado para ver á Dios y gozarle por toda la eternidad en su compañía y á su vista! ¡Ah! que este gozo puede experimentarse, pero no explicarse.

P. *Qué oraciones decís á nuestra Señora?*

R. *El Ave María y la Salve.*